



los hebreos sumergidos en el mar y en la nube que les cubre, llegan á constituir con Moisés y en Moisés un mismo cuerpo, un mismo pueblo, después también los cristianos, sumergidos en las aguas del bautismo, son con Jesucristo y en Jesucristo un mismo cuerpo, un mismo pueblo; una misma Iglesia.

Hay además una palabra notable sobre la piedra de Horeb; Jehová mismo dice á Moisés: «Yo estaré allí, delante de tí, sobre la piedra, mientras la hirieres.» Y según lo hemos visto ya, este Jehová, el mismo que apareció en la zarza ardiendo, era, según el comun sentir de

los Padres y de los intérpretes, el Verbo, el hijo de Dios, el futuro Mesías. Estaba, pues, en aquel momento como identificado con la piedra que, de su costado abierta, debía abrevar á todo su pueblo. Y este es el sentido profundamente misterioso de esta palabra de San Pablo: «Y la piedra era Cristo,» sentido misterioso que se encuentra todavía en la antigua Sinagoga (1).

Drach, Harmonie entre l'Eglise et la synagoge, t. II, pág. 423 y 425.

Ataque de los amalecitas.—Josué pelea en el llano, y Moisés ruega sobre el monte.—La fe y las obras.—Derrota de los enemigos.—Predicción de un futuro aniquilamiento.—Moisés con los brazos extendidos figura á Jesucristo.—Llegada de Jethró.—Su ortodoxia.—Creacion de los jueces.—Campamento al pié del Sinai.—Proposiciones de Dios á Israel y aceptación.—Orden del día para la promulgación de la ley.—Aspecto del Sinai.—Moisés sobre el monte.—Dios proclama sus diez mandamientos.—Terror del pueblo.—Moisés queda solo con Dios.—Identidad de la ley mosaica con la ley primitiva.—Gérmenes de la ley de amor.—Toda la historia anterior á la ley, es prefacio de ella.—Precision mayor en la celebracion de los sacrificios, figurando todos el sacrificio de Cristo y la inmolacion que el hombre espiritual hace de si mismo á Dios.—Unidad en el fuego sagrado, en el lugar y en el sacerdocio.—Unidad del sacerdocio desde el origen del mundo.

Israel tiene ya de qué vivir; es necesario que aprenda á pelear. Un enemigo le ataca en Rafidim, sin haber sido de ningun modo provocado; ataca bruscamente y sin declaracion de guerra; ataca con una bastardía cruel, no á los hombres capaces de resistirle, sino á los que habian quedado detrás en el campo por el cansancio y por el hambre. Este pueblo enemigo es el de Amalec, descendiente de Esaú por una concubina de su primogénito Eliphaz. Entonces Moisés dijo á Josué: «Escoge varones, y saliendo, pelea contra Amalec; yo mañana estaré sobre la cumbre del collado, teniendo la vara de Dios en mi mano.» Hízolo Josué como Moisés habia dicho, y peleó contra Amalec, y Moisés y Aaron y Hur subieron sobre la cumbre del collado. Y cuando Moisés alzaba las manos, vencía Israel; mas cuando la bajaba un poco, sobrepujaba Amalec. Y Moisés tenia pesadas las manos; por lo que tomando una piedra pusiéronla debajo, y se sentó en ella; y Aaron y Hur le sostenian sus manos por una y otra parte. Y aconteció que sus manos no se cansaron hasta que se puso el sol. Y Josué hizo huir á Amalec y á su pueblo á filo de espada. Y el Señor dijo á Moisés: «Escribe esto para memoria en un libro, y pónlo en oídos de Josué, porque reharé la memoria de Amalec de debajo del cielo, lo cual veremos cumplirse cuatro siglos más tarde. Moisés edificó un altar, y llamó su nombre: El Señor es mi estandarte (1).

Este nombre está lleno de misterio. El estandarte visible de Israel contra Amalec fué conocido Moisés sobre la colina, extendiendo las manos hácia el cielo en forma de cruz. A medida que este estandarte se alzaba ó bajaba, Israel triunfaba ó sucumbía. Pero ¿quién no ve con los Padres y los intérpretes que en esta altura Moisés era la figura de Cristo, de ese Jehová que desde entonces, pastor invisible de Israel, debía un día, subido á una colina, con los brazos extendidos al cielo sobre una cruz, llegar á ser para todos los fieles que combaten contra los ejércitos del infierno un estandarte de salvacion y de victoria? A la vista de un crucifijo, cada cristiano dice con Moisés: «El Eterno es mi estandarte.» Por este estandarte ó signo el infierno y el mundo han sido vencidos; por este estandarte ó signo les venceremos también nosotros mismos. Sin embargo, no es todo sólo por la fe, es necesario también que acompañen las obras. Es necesario orar con Moisés sobre la montaña; pero también es necesario pelear con Josué en la llanura. Si Moisés no hubiera orado, Josué combatiría en vano; si Josué no pelease, la súplica aislada de

(1) Exod., 16, 8, 15.



CAPÍTULO VII

Ataque de los amalecitas.—Josué pelea en el llano, y Moisés ruega sobre el monte.—La fe y las obras.—Derrota de los enemigos.—Predicción de un futuro aniquilamiento.—Moisés con los brazos extendidos figura á Jesucristo.—Llegada de Jethró.—Su ortodoxia.—Creacion de los jueces.—Campamento al pié del Sinai.—Proposiciones de Dios á Israel y aceptación.—Orden del día para la promulgación de la ley.—Aspecto del Sinai.—Moisés sobre el monte.—Dios proclama sus diez mandamientos.—Terror del pueblo.—Moisés queda solo con Dios.—Identidad de la ley mosaica con la ley primitiva.—Gérmenes de la ley de amor.—Toda la historia anterior á la ley, es prefacio de ella.—Precision mayor en la celebracion de los sacrificios, figurando todos el sacrificio de Cristo y la inmolacion que el hombre espiritual hace de si mismo á Dios.—Unidad en el fuego sagrado, en el lugar y en el sacerdocio.—Unidad del sacerdocio desde el origen del mundo.

Ataque de los amalecitas.—Josué pelea en el llano, y Moisés ruega sobre el monte.—La fe y las obras.—Derrota de los enemigos.—Predicción de un futuro aniquilamiento.—Moisés con los brazos extendidos figura á Jesucristo.—Llegada de Jethró.—Su ortodoxia.—Creacion de los jueces.—Campamento al pié del Sinai.—Proposiciones de Dios á Israel y aceptación.—Orden del día para la promulgación de la ley.—Aspecto del Sinai.—Moisés sobre el monte.—Dios proclama sus diez mandamientos.—Terror del pueblo.—Moisés queda solo con Dios.—Identidad de la ley mosaica con la ley primitiva.—Gérmenes de la ley de amor.—Toda la historia anterior á la ley, es prefacio de ella.—Precision mayor en la celebracion de los sacrificios, figurando todos el sacrificio de Cristo y la inmolacion que el hombre espiritual hace de si mismo á Dios.—Unidad en el fuego sagrado, en el lugar y en el sacerdocio.—Unidad del sacerdocio desde el origen del mundo.

Israel tiene ya de qué vivir; es necesario que aprenda á pelear. Un enemigo le ataca en Rafidim, sin haber sido de ningun modo provocado; ataca bruscamente y sin declaracion de guerra; ataca con una bastardía cruel, no á los hombres capaces de resistirle, sino á los que habian quedado detrás en el campo por el cansancio y por el hambre. Este pueblo enemigo es el de Amalec, descendiente de Esaú por una concubina de su primogénito Eliphaz. Entonces Moisés dijo á Josué: «Escoge varones, y saliendo, pelea contra Amalec; yo mañana estaré sobre la cumbre del collado, teniendo la vara de Dios en mi mano.» Hízolo Josué como Moisés habia dicho, y peleó contra Amalec, y Moisés y Aaron y Hur subieron sobre la cumbre del collado. Y cuando Moisés alzaba las manos, vencía Israel; mas cuando la bajaba un poco, sobrepujaba Amalec. Y Moisés tenia pesadas las manos; por lo que tomando una piedra pusiéronla debajo, y se sentó en ella; y Aaron y Hur le sostenian sus manos por una y otra parte. Y aconteció que sus manos no se cansaron hasta que se puso el sol. Y Josué hizo huir á Amalec y á su pueblo á filo de espada. Y el Señor dijo á Moisés: «Escribe esto para memoria en un libro, y pónlo en oídos de Josué, porque reharé la memoria de Amalec de debajo del cielo, lo cual veremos cumplirse cuatro siglos más tarde. Moisés edificó un altar, y llamó su nombre: El Señor es mi estandarte (1).

Este nombre está lleno de misterio. El estandarte visible de Israel contra Amalec fué conocido Moisés sobre la colina, extendiendo las manos hácia el cielo en forma de cruz. A medida que este estandarte se alzaba ó bajaba, Israel triunfaba ó sucumbía. Pero ¿quién no ve con los Padres y los intérpretes que en esta altura Moisés era la figura de Cristo, de ese Jehová que desde entonces, pastor invisible de Israel, debía un día, subido á una colina, con los brazos extendidos al cielo sobre una cruz, llegar á ser para todos los fieles que combaten contra los ejércitos del infierno un estandarte de salvacion y de victoria? A la vista de un crucifijo, cada cristiano dice con Moisés: «El Eterno es mi estandarte.» Por este estandarte ó signo el infierno y el mundo han sido vencidos; por este estandarte ó signo les venceremos también nosotros mismos. Sin embargo, no es todo sólo por la fe, es necesario también que acompañen las obras. Es necesario orar con Moisés sobre la montaña; pero también es necesario pelear con Josué en la llanura. Si Moisés no hubiera orado, Josué combatiría en vano; si Josué no pelease, la súplica aislada de

Este nombre está lleno de misterio. El estandarte visible de Israel contra Amalec fué conocido Moisés sobre la colina, extendiendo las manos hácia el cielo en forma de cruz. A medida que este estandarte se alzaba ó bajaba, Israel triunfaba ó sucumbía. Pero ¿quién no ve con los Padres y los intérpretes que en esta altura Moisés era la figura de Cristo, de ese Jehová que desde entonces, pastor invisible de Israel, debía un día, subido á una colina, con los brazos extendidos al cielo sobre una cruz, llegar á ser para todos los fieles que combaten contra los ejércitos del infierno un estandarte de salvacion y de victoria? A la vista de un crucifijo, cada cristiano dice con Moisés: «El Eterno es mi estandarte.» Por este estandarte ó signo el infierno y el mundo han sido vencidos; por este estandarte ó signo les venceremos también nosotros mismos. Sin embargo, no es todo sólo por la fe, es necesario también que acompañen las obras. Es necesario orar con Moisés sobre la montaña; pero también es necesario pelear con Josué en la llanura. Si Moisés no hubiera orado, Josué combatiría en vano; si Josué no pelease, la súplica aislada de

Este nombre está lleno de misterio. El estandarte visible de Israel contra Amalec fué conocido Moisés sobre la colina, extendiendo las manos hácia el cielo en forma de cruz. A medida que este estandarte se alzaba ó bajaba, Israel triunfaba ó sucumbía. Pero ¿quién no ve con los Padres y los intérpretes que en esta altura Moisés era la figura de Cristo, de ese Jehová que desde entonces, pastor invisible de Israel, debía un día, subido á una colina, con los brazos extendidos al cielo sobre una cruz, llegar á ser para todos los fieles que combaten contra los ejércitos del infierno un estandarte de salvacion y de victoria? A la vista de un crucifijo, cada cristiano dice con Moisés: «El Eterno es mi estandarte.» Por este estandarte ó signo el infierno y el mundo han sido vencidos; por este estandarte ó signo les venceremos también nosotros mismos. Sin embargo, no es todo sólo por la fe, es necesario también que acompañen las obras. Es necesario orar con Moisés sobre la montaña; pero también es necesario pelear con Josué en la llanura. Si Moisés no hubiera orado, Josué combatiría en vano; si Josué no pelease, la súplica aislada de

Este nombre está lleno de misterio. El estandarte visible de Israel contra Amalec fué conocido Moisés sobre la colina, extendiendo las manos hácia el cielo en forma de cruz. A medida que este estandarte se alzaba ó bajaba, Israel triunfaba ó sucumbía. Pero ¿quién no ve con los Padres y los intérpretes que en esta altura Moisés era la figura de Cristo, de ese Jehová que desde entonces, pastor invisible de Israel, debía un día, subido á una colina, con los brazos extendidos al cielo sobre una cruz, llegar á ser para todos los fieles que combaten contra los ejércitos del infierno un estandarte de salvacion y de victoria? A la vista de un crucifijo, cada cristiano dice con Moisés: «El Eterno es mi estandarte.» Por este estandarte ó signo el infierno y el mundo han sido vencidos; por este estandarte ó signo les venceremos también nosotros mismos. Sin embargo, no es todo sólo por la fe, es necesario también que acompañen las obras. Es necesario orar con Moisés sobre la montaña; pero también es necesario pelear con Josué en la llanura. Si Moisés no hubiera orado, Josué combatiría en vano; si Josué no pelease, la súplica aislada de

(1) Exod., 16, 8, 15.



Moisés no proporcionara la victoria. La fe y las obras, la oración y el trabajo, la súplica y el combate; hé aquí lo que constituye el perfecto cristiano.

Entre tanto, el rumor de las maravillas que el Señor había operado en favor de su pueblo, se había extendido por todas partes entre las naciones próximas. Y habiendo sido Jethró, sacerdote de Madian, pariente de Moisés, todo lo que Dios había hecho á Moisés y á Israel su pueblo, y que el Señor había sacado á Israel de Egipto, vino á encontrarle al desierto, en donde estaba acampado junto al monte de Dios. Le llevó á su mujer Séfora y á sus dos hijos. Segun lo hemos ya visto, Moisés les había enviado á casa de su yerno cuando entró en Egipto, no queriendo exponerles á los peligros que iba á afrontar. Habiendo recibido aviso de que se aproximaban, Moisés salió á su encuentro. La entrevista fué muy afectuosa por ambas partes. Moisés en particular honró mucho á Jethró, su suegro ó su cuñado, porque ambas cosas significa el hebreo. Y habiendo entrado en la tienda, contó Moisés á su pariente todo lo que el Señor había hecho á Faraón y á los egipcios por amor de Israel, y todos los trabajos que les habían acaecido en el camino y cómo el Señor los había librado. Jethró tuvo por ello una grande alegría, y dijo: «Bendito sea el Señor, que os libró de mano de los egipcios y de mano de Faraón. Ahora conozco que el Señor es grande sobre todos los dioses, porque castigó á los egipcios por cuanto obraron contra ellos con soberbia.» Al mismo tiempo ofreció á Dios holocaustos y otros sacrificios, y Aaron y todos los ancianos de Israel vinieron á comer pan con él delante de Dios (1).

Estos sacrificios que él mismo ofrece, y á los cuales vienen á tomar parte todos los jefes de Israel, son una prueba más de que Jethró era sacerdote del Dios verdadero. Su alianza con Moisés lo suponía ya. Descendía, por otra parte, de Abraham por Cethura. Cuando dijo: «Ahora conozco que el Señor es grande sobre todos los dioses,» estas palabras dan á entender solamente que el brillo de las maravillas

(1) Exodo, 18, 1, 12.

que Dios había obrado por medio de Moisés en Egipto, le daba una idea de su soberana grandeza, incomparablemente más elevada que la que hasta entonces había tenido. Así es como Dios mismo dice á Abraham cuando acababa de levantar su brazo para inmolar á su hijo: «Ahora conozco que temes á Dios.» No porque antes no le conociese muy bien, sino porque este patriarca acababa de darle la prueba más indudable.

Al siguiente día se sentó Moisés para juzgar al pueblo, que acudía á su presencia desde la mañana hasta la tarde. Habiendo visto esto su pariente, le dijo: «¿Qué es esto que haces? ¿Por qué te sientas solo, y todo el pueblo espera desde la mañana hasta la tarde?» Al cual respondió Moisés: «Viene el pueblo á mí buscando la sentencia de Dios. Y si les acaeciere alguna diferencia, vienen á mí para que juzgue entre ellos y les manifieste las órdenes de Dios y sus leyes.» «No está bien lo que haces, replicó Jethró; te consumes con un trabajo vano, no sólo tú, sino también ese pueblo que está contigo; este negocio es superior á tus fuerzas, y tú solo no podrás soportarlo. Mas oye mis palabras y consejos, y será Dios contigo. Sé tú para el pueblo en las cosas que pertenecen á Dios, para que le refieras las cosas que se le dicen, y manifiestes al pueblo las ceremonias y el ritual del culto, y el camino por el cual deben andar, y la obra que deben hacer. Y elige de todo el pueblo hombres de valor y temerosos de Dios, en quienes se halle verdad, y aborrezcan la avaricia, y pon de ellos tribunales, y centuriones y caporales de cincuenta y de diez hombres, los cuales juzguen al pueblo en todo tiempo y te den razón de todo lo que fuere de mayor importancia, y ellos juzguen solamente de los de menor interés. Repartido de este modo el trabajo, te será más llevadera la carga. Si esto hicieres, cumplirás el mandamiento de Dios y podrás mantener en pié sus preceptos, y todo este pueblo se volverá en paz á sus moradas (1).»

Este consejo era el de un sabio que tenía la experiencia del gobierno. Moisés le escuchó y

(1) Exodo, 18, 13-23.



dijo á toda la multitud de Israel: «No puedo yo solo soportaros, porque el Señor Dios vuestro os ha multiplicado y sois tan numerosos como las estrellas del cielo. El Señor Dios de nuestros padres añada á estos números muchos miles, y os bendiga así como lo dijo. No puedo yo solo sostener el peso de vuestros negocios y pendencias. Presentad de entre vosotros varones sábios y experimentados, cuyo proceder sea aprobado en vuestras tribus, para ponéroslos por caudillos.» El pueblo respondió: «Buena cosa es la que quieres hacer.» Y Moisés, tomando así los principales de las tribus, hombres sábios y nobles, los estableció por jefes sobre los hijos de Israel, unos príncipes de mil, otros de cincuenta, otros de diez, para ser sus magistrados y jueces. Y les mandó, diciendo: «Oidlos y juzgad lo que es justo, ya sea ciudadano, ya extranjero. Ninguna distincion habrá de personas; del mismo modo oireis al pequeño que al grande, ni tendreis acepcion de persona alguna, porque el juicio es de Dios. Mas si alguna cosa os pareciere difícil, dadme á mí parte y yo la oiré (1).»

Lo que anhelaban Platon y Ciceron, lo vemos formarse aquí: un gobierno divinamente humano y humanamente divino; monarquía templada de aristocracia y democracia. El soberano monarca, la suprema ley, es Dios; pero Dios acomodándose á la debilidad humana, y queriendo gobernar á los hombres por medio de los hombres. Su vicario para lo espiritual y temporal es Moisés. Hasta entonces ha encontrado en él el pontificado y el rey, el sacerdocio y el imperio. Ahora comienza á desmembrar una parte de su autoridad temporal sobre los demás, no hasta darles el poder de hacer leyes: Dios las hará, Moisés sólo las promulgará; pero para que de ellas hagan la aplicacion á los negocios que se presentan cada dia. Todo con una subordinacion que se remonta gradualmente del Decurion al Centurion, sucesivamente hasta Moisés y á Dios, del cual emana todo, y á nombre del cual se fallan todos los juicios. Estos magistrados, estos jueces, cuya creacion,

(1) Deut., I, 10-17.

aconsejada por Jethró, propuesta por Moisés, consentida por el pueblo en masa, serán los hombres más renombrados por su sabiduría, su prudencia y su religion. Será al pié de la letra lo que los griegos llamaban aristocracia, ó gobierno de los mejores. El pueblo de cada tribu eligirá los suyos, como que podia conocerles mejor, y Moisés les instituirá. Así, Dios y Moisés, y los hombres notables por su mérito, y todo el pueblo, en fin, tomaron igualmente parte en este gobierno. No es toda vía aquí más que un bosquejo; vamos á verle completarse sucesivamente en todas sus partes.

Al tercer mes de la salida de la tierra de Egipto, los hijos de Israel, saliendo de Rafidim, llegaron al desierto de Sinai y acamparon frente á frente de la montaña. No había quizá transcurrido un año, que conduciendo Moisés por estos parajes los ganados de su suegro, Dios se le había manifestado en una zarza ardiendo, y de un pastor de ganados había hecho el pastor de su pueblo, con orden de librarle de la esclavitud de Faraón y de conducirlo á este mismo lugar para ofrecer sobre esta montaña un sacrificio solemne. Esto, que había parecido increíble, estaba realizado. Israel, libre, alimentado por el maná del cielo, bebiendo del agua de la roca de Horeb, vencedor de los amalecitas, por la anticipada virtud de la cruz, acampó por tribus al pié de la montaña santa, dispuesto á celebrar la gran solemnidad, á hacer alianza con el Señor y á oír su ley. Esta ley se dictará, no en secreto, sin testigos, en el fondo de un antro ó de una floresta, sino á la faz del cielo y de la tierra y de tres millones de ojos y de oídos, tanto israelitas como extranjeros. No se verá nunca nada más grande y maravilloso.

Moisés subió al Sinai, y llamóle el Señor desde lo alto del monte, y dijo: «Esto dirás á la casa de Jacob, y anunciarás á los hijos de Israel; Vosotros mismos habeis visto lo que he hecho á los egipcios, de qué manera os he llevado sobre alas de águilas y tomado para mí. Pues si oyéreis mi voz y guardáreis mi pacto, sereis para mí una porcion escogida entre todos los pueblos, porque mia es toda la tierra. Y vosotros sereis para mí un reino sacerdotal y una



nación santa. Tales son las palabras que hablará á los hijos de Israel (1).»

Hé aquí el sumario del pacto social que Dios propone á la raza escogida de Abraham. Toda la tierra, todos los pueblos son de él; pero quiere uno que sea especialmente su reino; reino, no profano, sino sacerdotal, porque todo tiende á hacer de él una nación santa, un pueblo que sea como el profeta y el pontífice de todo el género humano.

Moisés, el mediador de este gran tratado, vino, reunió á los ancianos del pueblo y les expuso todo lo que el Señor le había mandado decirles. El pueblo en masa respondió á una voz: «Todo lo que el Señor ha dicho haremos.» Moisés refirió las palabras del pueblo al Señor, que le dijo: «Hé aquí que vendré á tí en una nube muy densa y oscura, para que me oiga el pueblo hablar contigo, y te crea para siempre.»

Antes ya, y por más de un milagro, Dios había acreditado á Moisés como su ministro cerca de los hijos de Israel. Pero aquí, en el momento de verificar por su mediación el pacto de la santa alianza, quiere darle de viva voz un testimonio público, á fin de que su autoridad sea para siempre incontrovertible.

Moisés descendió de la montaña hácia el pueblo, y le ordenó de parte de Dios que se santificase en este día y en el siguiente, lavase sus vestidos, observara continencia y estuviese dispuesto en el tercer día, que era el quincuagésimo despues de la salida de Egipto, y que, por esta razón, fué llamado Pentecostés, ó quincuagésima.

En este día descenderá el Señor á vista de todo el pueblo sobre el monte Sinai, al rededor del cual están señalados los límites que está prohibido traspasar so pena de la vida. Cualquiera que llegare al monte, morirá de muerte. No le tocará mano, sino que será apedreado ó asafreado; ya fuera hombre, ya fuere bestia, no vivirá. Cuando comenzare á sonar la bocina, entonces suban al monte.

Y ya había llegado el día tercero y la mañana había aclarado, y hé aquí que comenzaron á oírse truenos, y á relucir relámpagos, y

(1) Exodo, c. XIX, v. 1. 6.

á cubrir el monte una nube muy densa, y el sonido de la bocina resonaba con más vehemencia, y atemorizóse el pueblo que estaba en el campo. Y habiéndoles sacado Moisés del lugar del campamento para salir á recibir á Dios, se pararon al pié del monte. Y todo el monte Sinai humeaba, porque había enviado el Señor sobre él en fuego, y subía el humo de él como de un horno, y todo el monte estaba terrible, y el sonido de la bocina poco á poco crecía más y más, y se extendía á mayor distancia. Moisés hablaba, y Dios le respondía en voz alta y clara, que oyó todo el pueblo. Y le llamó á la cumbre del monte, le recomendó que requiriese al pueblo más expresamente todavía, á fin de que no subiese para contemplar al Señor, y pereciera una gran multitud de ellos, sino que permaneciese con los sacerdotes en los límites asignados. Segun la opinión más probable, estos sacerdotes eran los primogénitos de cada familia. Aaron, el futuro jefe de un nuevo sacerdocio, debía únicamente subir con Moisés (1).

Entonces Dios habló todas estas palabras: «Yo soy el Señor, tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de la servidumbre. No tendrás dioses ajenos delante de mí. No harás para tí obra de escultura ni figura alguna de lo que hay arriba en el cielo, ni de lo que hay abajo en la tierra, ni de las cosas que están en las aguas debajo de la tierra. No las adorarás, ni les darás culto, porque yo soy el Señor tu Dios fuerte, celoso, que visitó la iniquidad de los padres sobre los hijos, hasta la tercera y cuarta generacion de aquellos que me aborrecen, y que hago misericordia, en la serie de mil generaciones, con los que me aman y guardan mis preceptos. No tomarás el nombre del Señor, tu Dios, en vano; porque el Señor no dejará impune al que tomare en vano su nombre. Acuérdate de santificar el día del sábado. Seis días trabajarás y harás todas tus haciendas; pero el sétimo día, sábado, es del Señor, tu Dios; no harás obra ninguna en él, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu bestia, ni el extranjero que está dentro de tus

(1) Exodo, 19.



puertas, porque en seis días hizo el Señor el cielo, y la tierra, y la mar, y todo lo que hay en ellos, y reposó en el sétimo día; por eso el Señor le bendijo y le santificó. Honra á tu padre y á tu madre, para que seas de larga vida sobre la tierra, que el Señor, tu Dios, te dará. No matarás. No fornicarás. No hurtarás. No dirás contra tu prójimo falso testimonio. No deseas la mujer de tu prójimo. No codiciarás su casa, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni cosa ninguna de las que son de él (1).»

Ahora bien: oyendo el pueblo la voz de en medio de las tinieblas y viendo arder el monte, se llenó de temor y envió á todos los príncipes de las tribus y á los ancianos para decir á Moisés: «Hé aquí que el Señor Dios nuestro nos ha mostrado su majestad y grandeza. Hemos oído su voz de en medio del fuego, y hemos conocido hoy que hablando Dios con el hombre, ha quedado con vida el hombre. Pues ¿por qué moriremos y nos consumirá este grandísimo fuego? Porque si oyéremos más en adelante la voz del Señor Dios nuestro moriremos. ¿Qué cosa es toda carne, para que oiga la voz del Dios viviente, que habla de en medio del fuego, como nosotros la hemos oído, y que pueda vivir? Antes bien: llégate tú y oye todas las cosas que te dijere el Señor Dios nuestro, y nos las dirás, y nosotros oyéndolas las cumpliremos.» Cuando el Señor oyó esto, dijo á Moisés: «He oído las palabras de este pueblo; bien han hablado en todo. ¿Quién les hiciera tener tal corazón, que me teman y guarden en todo tiempo mis mandamientos, para que sean felices ellos y sus hijos para siempre! Ve y díles: Volveos á vuestras tiendas. Mas tú estate aquí conmigo, y te diré todos mis mandamientos y ceremonias y juicios, los cuales les enseñarás, para que los guarden en la tierra que les daré en posesion (2).»

De esta manera fueron promulgados sobre el Sinai los diez mandamientos, compendio de toda ley, de esa ley primera y última que, segun la expresion de antiguos sábios, es el juicio

de Dios (1); ley comun á todos los hombres y que les une entre sí como los ciudadanos de una misma ciudad (2). Si, dice un padre de la Iglesia, Dios, segun conviene á su bondad y á su justicia, como autor del género humano, ha dado la misma ley á todas las naciones en determinados tiempos, ha promulgado los preceptos cuando ha querido y como ha querido. En el principio, dió su ley á Adam y Eva; y en esta ley dada á Adam, reconocemos todos los preceptos proclamados despues en detalle por Moisés. La ley primitiva dada á Adam es, pues, como la matriz de todos los mandamientos de Dios (3). No hay aquí de nuevo más que una promulgacion más solemne á un pueblo particular. El terror de que fué acompañada debia grabar estos preceptos más profundamente en el recuerdo de este pueblo destinado á vivir hasta el fin del mundo; anunciaba tambien que en esta primera alianza, el sentimiento principal seria el temor. Esta ley de temor, sin embargo, contendrá ya los gérmenes de ese amor que se desenvolverá en el Evangelio. «Y ahora, Israel, dirá Moisés, ¿qué te pide el Señor tu Dios sino que le ames con todo tu corazón y con toda tu alma (4)?»

Y además: «No aborrecerás á tu hermano en tu corazón; al contrario, ama á tu prójimo como á tí mismo: yo el Señor (5).»

Estos diez mandamientos que acaban de ser promulgados con tanta solemnidad, va á escribirlos Dios sobre dos tablas de piedra: los tres primeros, que se refieren á nuestros deberes para con él, sobre la primera tabla; los otros siete, que hacen relacion á nuestros deberes para con los hombres, sobre la segunda. Los preceptos que dará además á Moisés no serán más que el desenvolvimiento y la aplicacion de estos diez principales.

Lo que hemos visto hasta ahora, la creacion, la caída del primer hombre, la promesa del Redentor, el diluvio, la confusion de lenguas, la vocacion de Abraham, la historia de Isaac, de

(1) Cic., *De leg.*, lib. II, n. 18.

(2) Plut., *De exul.*

(3) Tertul., *Adversus Judæos*, c. II.

(4) Deut., 10, 12.

(5) Lev., 19, 17 y 18.

(1) Exodo, 20; Deut., 5.

(2) Deut., 5, 23-31.



Jacob, de José, las plagas de Egipto, la liberación de Israel, el paso del mar Rojo, la columna de fuego y de nube, el maná del desierto, el agua de la piedra de Horeb, los truenos, los relámpagos, la bocina, el monte humeante, todo esto es como un prefacio de la ley divina, en particular de esta primera palabra: «Yo soy el Señor tu Dios!» Prefacio verdaderamente digno del que va á hablar, porque este conjunto y cada una de sus partes parece decir con Moisés: «Oye, Israel, el Señor Dios nuestro es el único Dios. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu fuerza (1).» En efecto: ¿quién puede considerar todo esto sin concluir que el Dios de Israel es verdaderamente Jehová ó Aquel que es, que él solo existe, propiamente hablando, y que todo lo demás es ante Él como la nada? ¿Quién puede considerar atentamente todo esto sin concluir que sólo este Dios es poderoso, justo, bueno, autor de todo bien, que únicamente él merece que se le tema y que se le ame? Desde entonces todo se concibe. Se explica que el nombre de este gran Dios invocado como testigo por el juramento, decida toda cuestión, y que sea un crimen invocarle para una mentira. Se concibe que si este gran Dios regula él mismo su culto, es necesario observarle con una fidelidad á toda prueba.

Pues bien: el culto que prescribe á su pueblo consiste principalmente en la observancia de su ley. Y ahora, Israel, ¿qué te pide el Señor tu Dios sino que le temas y andes en sus caminos, y le ames, y que le sirvas con todo tu corazón y con toda tu alma, y que guardes los mandamientos y ceremonias que yo te prescribo hoy para que seas dichoso (2)?

Esta ley regulaba en particular la oblación de los sacrificios. Se ofrecen en todos los tiempos desde el principio del mundo, según lo hemos visto por el ejemplo de Abel, de Noé, de Abraham, de Melquisedec, de Isaac, de Jacob, de Job, de Jethró. Existía desde antes del diluvio una distinción entre los animales que se podían ofrecer y los que no se podían; pero no

(1) Deut., 6, 4 y 5.

(2) Ibid., 10, 12.

parece que hubo allí épocas fijas ni ceremonias bien determinadas; todo esto va á existir. Además de la consagración de los primogénitos y la inmolación anual del cordero pascual en memoria de la liberación de Egipto, habrá el sacrificio perpétuo de un cordero, que se ofrecerá todos los días, por la mañana y por la tarde. Además, en diversas fiestas y circunstancias habrá sacrificios de adoración ó holocaustos, en los que la víctima será totalmente consumida, para reconocer más expresamente el soberano dominio de Dios sobre todas las criaturas; sacrificios de propiciación ó para el pecado, en los cuales la víctima será consumida en parte y en parte comida por los sacerdotes; sacrificios de acciones de gracias y de impetración, para dar gracias á Dios por los beneficios recibidos y pedirle otros nuevos; sacrificios en los cuales una parte es consumida, otra concedida á los sacerdotes, y una tercera, la más grande, distribuida á los que han presentado la víctima. Para consumir estos diversos sacrificios, no habrá más que un fuego único, milagrosamente encendido del cielo y perpétuamente alimentado por los sacerdotes en el santuario.

Todos estos sacrificios, visibles y materiales, ofrecidos desde el origen de las cosas, figuraban otros dos: el sacrificio espiritual que el hombre debe hacer de sí mismo á Dios, según estas palabras de San Pablo á los romanos: «Y así os ruego, hermanos, por la misericordia de Dios, que ofrezcáis vuestros cuerpos á Dios en hostia viva, santa, agradable á Dios, que es el culto racional que le debéis (1);» palabras por las cuales San Pablo da á entender á los cristianos de Roma que si los judíos ofrecieron á Dios otras víctimas que ellos mismos, animales muertos y privados de razón, ellos, por el contrario, debían ofrecerle sus propios cuerpos como una víctima viva, santa, agradable y animada por el espíritu y la razón. El segundo sacrificio, que figuraban todos los antiguos, es el adorable sacrificio que el Hombre-Dios ofrece de una manera cruenta sobre el Calvario é incruenta sobre nuestros altares. En él se cum-

(1) Rom., 12, 1.



plen todas las figuras. Cristo es allí muerto por mano de sus hermanos, como Abel; se deja inmolar voluntariamente á su padre, como Isaac; es inmolado todo eterno sobre la cruz, como una víctima de holocausto, sin que nadie participe de su carne; se inmola en el cenáculo como el cordero pascual, y distribuye su carne á sus discípulos; se ofrece bajo las especies de pan y vino, como Melquisedec; se ofrece todos los días como sacrificio perpétuo. Todo lo que podían los sacrificios figurativos no era más que una sombra de este sacrificio real. El fuego perpétuo que consumía á los primeros, anunciaba el fuego eterno del espíritu divino que dió cumplimiento al segundo.

Antes de la ley escrita, los sacrificios se ofrecían unas veces en un lugar, otras en otro. No sucederá así después: Dios designará un lugar privilegiado y único. «Tened cuidado, dice Moisés, de no ofrecer vuestros holocaustos en todos los lugares que viéreis, sino en el que el Señor escogiere en una de vuestras tribus. Allá llevareis vuestros holocaustos, vuestras hostias, y los diezmos y primicias de vuestras manos, y todo lo más considerable en los dones que ofreciereis con voto al Señor; allí hareis banquetes delante del Señor vuestro Dios, vosotros y vuestros hijos é hijas, siervos y siervas, así como los levitas que moran en vuestras ciudades (1).»

La unidad de lugar para los sacrificios anuncia la unidad de templo. Este templo único será movable y viajero, tanto como lo será el mismo pueblo; pero cuando, bajo David, se vea completamente afirmado en el país de Canaan y haya conquistado todas las regiones que le son prometidas, entonces su templo se afirmará y engrandecerá igualmente. En su primer estado, este templo era una tienda ó tabernáculo, hecho según el modelo que fué mostrado á

(1) Deut., 12, 11-14.

Moisés sobre el monte. Tenía treinta codos de largo, diez de ancho y diez de alto; estaba dividido en dos partes. La primera, de veinte codos de larga, se llamaba el santuario; allí estaba el altar de los perfumes. La segunda tenía diez codos de largo y otros tantos de ancho; no podía llegarse á ella sino por la más grande. Llamábase el *Sancta Sanctorum*; allí estaba el arca de la alianza, cuya parte superior se llamaba el propiciatorio. A la entrada de todo el tabernáculo estaba el altar de los holocaustos.

Para completar esta unidad religiosa, habrá también unidad de sacerdocio. Hasta entonces, los primogénitos, especialmente consagrados á Dios, eran por esto mismo sus ministros en cada familia. Ahora que la familia de Jacob ha llegado á ser un gran pueblo, los primogénitos de las demás tribus serán sustituidos por una tribu entera: esta es la tribu de Levi. No tendrá su parte en la tierra de Canaan; Dios solo será su porción, así como los diezmos que todo Israel la pagará. Las ciudades que se asignarán para su morada no estarán reunidas, sino dispersas en todas las tribus. De esta manera diseminados entre la nación santa, los levitas serán el lazo viviente de su unidad, en todas partes los intérpretes presentes de su ley. Para consumir la unidad del sacerdocio y por ella la unidad de la sociedad religiosa ó de la Iglesia, habrá en la tribu levítica una familia exclusivamente sacerdotal, cuyo jefe será el soberano pontífice. Este primer pontífice será el hermano de Moisés, Aaron. Su primogénito le sucederá; los demás serán sacerdotes de segundo rango. De esta manera, cualquiera que sea la suerte reservada á los hebreos, tengan ó no un jefe temporal, habiten la Judea ó anden errantes por toda la tierra, nunca formarán, por medio de los levitas, de los sacerdotes y del pontífice sucesor de Aaron, más que una sola sociedad espiritual ó Iglesia, imagen de una Iglesia todavía más grande y única.